

Los talleres literarios en México

CONTANDO UN POCO DE HISTORIA

En el período renacentista los principiantes en un oficio asistían a un taller para aprender de la experiencia transmitida por un maestro conocedor de la materia. La esencia de estos espacios de trabajo colectivo ha sido desde entonces la de aprender haciendo. Ocurre lo mismo con un taller literario, en el que el material de trabajo es el lenguaje y los aprendices se benefician de la experiencia de un coordinador, que generalmente es un escritor que ya lleva recorrido un buen trecho del camino literario.

Es probable que el antecedente más remoto de lo que hoy conocemos en México como talleres literarios se encuentre en la época prehispánica. Se tienen noticias de que hacia el año 1490 Tecayehuatzin —Señor de Huejotzingo— convocó a los principales poetas del mundo náhuatl para que entre todos descubrieran el significado de la expresión «Flor y canto». En ocasión de esta búsqueda, cada poeta elaboró un canto en el que plasmó metafóricamente lo que para él significaba aquel simbolismo de la tradición náhuatl. El resultado de este trabajo conjunto, considerado como una de las primeras manifestaciones de la literatura mexicana, podemos conocerlo hoy en el libro *Flor y canto*, compilación de poesía náhuatl.

En la época colonial las principales modalidades de reuniones culturales se dieron en las Academias, siendo las más destacadas la *Academia de Ciencias Morales San Joaquín* y la *Academia de Humanidades y Bellas Artes de San Ildefonso*, en las que se discutían temas filosóficos, literarios y de actualidad. A pesar de que el interés de estos foros no era estrictamente el de las letras, los académicos desempeñaron un valioso papel en el inicio de la creación de una literatura nacional.

Ya en el siglo pasado, en el que eran frecuentes las tertulias y las peñas, comienza a perfilarse el carácter «tallerista» de las reuniones literarias. Con

un tinte menos académico, en casas particulares o en los cafés de la Ciudad de México, como el «Café de nadie», el «Habana» o el «París», un grupo de contertulios se reunían a leer sus textos, pero lo que ahí se cultivaba no era la crítica, sino más bien el elogio mutuo. Un ejemplo representativo de ello fueron los grupos de los Estridentistas, de los Contemporáneos y la revista «Taller», en torno a la cual se reunió toda una generación de poetas jóvenes a partir de 1940.

A pesar de que en los espacios anteriores se difundían los textos de los integrantes y se intercambiaban materiales extranjeros de la más reciente actualidad literaria, no es sino hasta el momento en el que aparece el elemento de la crítica entre los mismos contertulios cuando comienza a producirse de forma sistemática el fenómeno de los talleres literarios, es decir, del trabajo colectivo; bien decía Alfonso Reyes: «La crítica es este enfrentarse o confrontarse, este pedirse cuentas, este conversar con el otro».

Existe una coincidencia generalizada en considerar a Juan José Arreola como el pionero de estos espacios de trabajo cuando en 1951 reunió por primera vez en el núm. 8 de la calle Río de la Plata de Ciudad de México —su casa particular— a un grupo de jóvenes a quienes simplemente les gustaba escribir; entre estos futuros escritores que en los años 60 y 70 verían publicadas sus obras se encontraban nombres como José Agustín, Elsa Cross, Jorge Arturo Ojeda y René Avilés Fabila, por mencionar sólo a algunos. Según cuenta el propio Arreola el método era muy sencillo: reunirse, leer y analizar; pero, para ello, se requería de dos cosas:

Una persona capaz de conducir el taller... y un grupo de jóvenes que sean capaces de modestia, humildad y que no tengan mala fe en contra de los demás; que examinen los textos con honradez y que estén dispuestos a exponerse a la crítica... Pero esto no siempre se encuentra.

De esta persona «capaz de conducir el taller», Elsa Cross, integrante del taller de la calle Río de la Plata, destaca su solidez literaria, a la vez que deja entrever que la espontaneidad y el trabajo conjunto, más que el academicismo vertical, eran los principios por los que se regía el taller:

Arreola tenía un oído extraordinario para el lenguaje, mucha intuición, perspicacia, una cultura literaria muy vasta y refinada, y una total antipatía por las preceptivas y las teorías literarias, que, muy bien, decía que eran para los críticos.

Otra novedad del taller de Arreola fue la aparición, en mayo de 1964, de la revista «Mester» (de Arreolería, bautizada así por Huberto Batis), que surgió con la finalidad de publicar los trabajos de los talleristas.

En este sentido, el taller de Arreola se constituyó en un modelo para la formación de otros talleres, auspiciados principalmente por instituciones públicas, que pronto comenzaron a proliferar por todo el país. Cuando en 1967 Margo Glantz dirigía la publicación «Punto de Partida», se iniciaron

con Julieta Campos, Juan Bañuelos y Salvador Elizondo los talleres literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1974 el Instituto Nacional de Bellas Artes creaba paralelamente en San Luis Potosí el primer taller literario del interior de la República, coordinado por Miguel Donoso Pareja, y otro en la Ciudad de México, con Oscar Oliva a la cabeza; con su correspondiente revista «La talacha», que más tarde daría lugar a la publicación más importante de los jóvenes escritores de provincia, «Tierra adentro». Otro taller que hizo historia en la ciudad de Guadalajara fue el que fundó Elías Nandino en 1979, con el patrocinio del Departamento de Bellas Artes de Jalisco, del que surgieron las publicaciones de siete u ocho plaquettes y las revistas «Campo abierto» y «La Capilla». En este taller, la labor del veterano poeta como coordinador significó un verdadero ejemplo de trabajo colectivo, como él mismo recuerda: «Tuve la suerte de encontrarme con muchachos que influyeron directamente en mi “resurrección” dentro de las letras. Estos muchachos me hicieron sentir que yo estaba también comenzando junto con ellos».

Continuar mencionando hasta el presente un listado de los talleres existentes, sería, además de tedioso, interminable; imaginemos que en 1978, en el Primer Encuentro Nacional de Talleres Literarios de la Casa del Lago, se hablaba ya de una cifra aproximada de más de 200 centros, públicos y privados, en todo el país.

En lo que va de esta última mitad de siglo, la institucionalización de los talleres literarios, junto con la creación de otros organismos en apoyo a la creación artística, como el Centro Mexicano de Escritores (1950), ha contribuido, por una parte, al desarrollo de la literatura en México, y por otra, ha constituido un elemento importantísimo en la vida cultural del país. Lo que en un principio comenzó como una simple afición de jóvenes a los que entusiasmaba el ejercicio de la escritura, se ha ido convirtiendo en todo un fenómeno, cuya influencia ha sido decisiva en la política cultural del Estado. Entre tantas de sus aportaciones, el fenómeno de los talleres literarios ha contribuido enormemente a la descentralización y a una forma más democrática de acceder a la cultura.

¿CÓMO FUNCIONA HOY UN TALLER?

Los talleres han ido siempre acoplándose y respondiendo a las características de los tiempos en los que surgen. Sin duda, el auge de estos centros se produjo, por varias razones, en los años 70. Probablemente una de las causas de más peso que popularizó esta nueva forma de aprender y de hacer literatura, tenga mucho que ver con el movimiento estudiantil de 1968 en México. Una de las consecuencias de esta significativa fecha fue la polarización de las ideas políticas y estéticas, así como la ruptura con el sistema cultural oficial, a lo que sobrevino la formación de grupos artísticos inde-

pendientes. En ese sentido, los talleres comenzaron a funcionar primero como una forma no académica de acceder a la literatura y segundo como una alternativa al proyecto cultural existente.

El elemento democrático se halló presente desde el mismo momento en el que aparecen estos grupos, pues en realidad nunca existió ningún requisito para participar en ellos. Sin embargo, en un principio los asistentes de alguna manera pertenecían al medio literario, o cuando menos tenían algún conocimiento o experiencia en esta disciplina; recuérdense nombres como José Agustín, Silvia Molina, Jorge Esquinca o Ricardo Yáñez, entre otros. Como consecuencia a que en la década de los 70 la mayoría de los talleristas resultaran ser después prestigiosos escritores, estos grupos de trabajo crearon en algunas personas falsas expectativas de convertirse en geniales escritores por el mero hecho de asistir a un taller. Por ello, muchos de los coordinadores se han esforzado por desvanecer estas ilusiones, insistiendo, como bien dice Juan Bañuelos, en que el taller «no es una fábrica de poetas» y en que no se puede dar talento a quien no lo tiene.

Más que la formación de escritores, los coordinadores de los talleres, quienes de antemano asumen que su papel no es enseñar, sino transmitir experiencia, tratan de promover todas aquellas prácticas que conduzcan a la búsqueda de la expresión propia mediante un trabajo en grupo. De lo que se trata entonces es de que el ambiente del taller se aleje cada vez más de la forma tradicional y académica de enseñar literatura y se convierta en un espacio regido, no por las leyes impuestas por el coordinador, sino por las normas de la confluencia entre la libertad individual y el compromiso colectivo, es decir, por el libre diálogo y la crítica honesta de todos sus integrantes. En este sentido, con su amplia experiencia como coordinador de talleres, Juan Bañuelos advierte:

Un taller fracasa cuando se le quiere imponer una metodología o una estructura burocratizada o institucionalizada, ya que esto da como resultado que salgan poetas o cuentistas en serie, como automóviles... La atmósfera de trabajo en un taller debe generarse con el juego democrático, dialéctico, en el que tengan cabida todas las tendencias, estilos, lenguajes, experiencias, lecturas, etcétera, tendiendo siempre al enriquecimiento individual y colectivo.

Para Ricardo Yáñez, discípulo del taller de Elías Nandino y actual coordinador de un taller itinerante en el norte del país y otro en la Ciudad de México, en su taller no se enseña poesía, «se experimenta», el objetivo es «no busques la perfección, sino lo que no estorba» y la norma «trabaja con lo que tienes».

Hoy en día, un factor que ha contribuido enormemente al enriquecimiento de los talleres es que el público que asiste a ellos es completamente heterogéneo: de todas profesiones, estratos sociales y edades, se ha llegado a dar incluso el caso de que a un mismo taller asistan una madre, dedicada a las labores del hogar, y su hijo arquitecto. De antemano, entre todos ellos se

asume la diversidad, sin dejar por ello de establecer una zona de complicidad, la complicidad poética.

Las motivaciones de la gente para asistir a un taller son igualmente diversas: desde salir del aislamiento que impone el ritmo de la vida urbana moderna, el interés por la lectura, el deseo de la estimulación recíproca, hasta la simple búsqueda de una expresión propia.

Debido a las propias características de la evolución de la sociedad mexicana, los talleres, que en sus orígenes eran exclusivamente literarios, han ido cambiando con el tiempo, y han ido extendiéndose a otros campos. Estos grupos de trabajo ya no se centran únicamente en la narrativa o en la poesía. Con el tiempo han proliferado los talleres de danza, teatro o guionismo televisivo, y los talleres interdisciplinarios de creación y de sensibilización artística.

Sin embargo, lo que no ha cambiado con el tiempo ha sido la fidelidad a sus objetivos originales. El libre acceso, el trabajo riguroso, el respeto a la individualidad, la conciencia de colectividad, la ausencia de leyes e imposiciones, la voluntad de diálogo y la crítica honesta son los únicos requisitos para asistir a los talleres de creación en México.

ANTOLOGÍA DE TEXTOS

Un taller es el sitio en el que un escritor puede ejercitarse libremente hasta adquirir un dominio de las herramientas esenciales. Es un campo de batalla en el que el escritor rompe la unilateralidad y se enfrenta ante la realidad alucinante de la crítica de los demás.

JOSÉ AGUSTÍN

Es el lugar de un encuentro: tomarse un café y discutir de literatura. Al taller hay que asistir un rato y luego abandonarlo, porque a la larga se puede volver nociva la relación con el papá coordinador.

EVODIO ESCALANTE

Taller literario. Receta: Se reúnen un mínimo de tres personas. Se leen sus textos. Se hacen garras. (Al menor de los hallazgos, el silencio. Recomendar otras lecturas.) En caso de que los tres sean niños, el coordinador corrige las faltas de ortografía.

VÍCTOR MANUEL CÁRDENAS

Un taller literario es antes que nada un espacio de convivencia, regido por una preocupación: la preocupación del idioma en sus estribaciones literarias. No hay que separar una cosa de la otra. En el taller nacen amistades, trabajan escritores. En ese sentido, todo en el taller literario es «parte de la diversión», esto es fundamental. Un taller literario puede y acaso debe ser divertido. Si esto falta, casi todo lo demás faltará.

DAVID HUERTA

En el taller se trata de que el joven abra ojos y orejas, y aprenda a expresar con tino lo que ve y oye, tanto como lo que imagina.

ETHEL KRAUZE

... Es verdad que en los talleres literarios no se aprende a escribir, pero ciertamente se encuentran cómplices para hacerlo...

EDUARDO LANGAGNE

Un taller literario sirve primero para evitarse lecturas. Segundo, para evitarse frentazos (todos te los das en el taller). Tercero, para aprender y fusilar técnicas. Cuarto, para comprender que hay una fase solitaria de la escritura y otra en la que sólo te toca recibir críticas que casi todas tienen la razón.

BERNARDO RUIZ

La mayoría de los que asisten a un taller literario están mal preparados; pero todos estamos mal preparados. Lo importante es saberlo, adquirir conciencia de eso. No se necesita mucha «preparación» para escribir un cuento; pero sí alguna para saber si ese cuento está bien o mal. En otras palabras: no se puede enseñar a escribir; pero sí a leer, a leer a los demás, en los demás y en uno mismo. Muchos asistentes creen que saben y es muy difícil hacer algo con ellos. Se molestan. Se ofenden.

Sin embargo, a veces los más ignorantes se vuelven famosos más pronto. Pero ésa es otra historia.

AUGUSTO MONTERROSO

Con la experiencia acumulada un taller literario no debería ser, sino que es: un permanente análisis de la obra personal de los que libremente lo integran en un plano de igualdad sin guía ni gurú.

El coordinador del taller tendrá que hacer permanentes esfuerzos de crítica y autocrítica para no imponer su personal visión de la literatura. Aprender a escardar en lanas diferentes para encontrar la belleza en texturas ajenas. Un taller literario que uniforma es algo muy exacto a eso, un cuartel.

ERACLIO ZEPEDA

Todas las opiniones aquí citadas han sido tomadas de «Una experiencia interdisciplinaria de los talleres de creación literaria», en *Tierra Adentro*, núm. 40, octubre-diciembre 1984, INBA, México, D. F.

ALGUNOS POEMAS «TALLERADOS»

Viajo, amor, en tus ojos,
en la luz de tus ojos, amor, viajo,
en el paisaje de tus ojos.

Subo las escaleras de tus ojos,
desciendo sus barrancas,
miro pasar parvadas en tus ojos.

Ando, amor, en tus ojos, por tus ojos,
que hace tiempo no ven
que vivo en ellos.

RICARDO YÁÑEZ

UNA VIDA

Un pez me dijo del río cosas largas y tremendas.
Me dijo que a sus piedras la dureza
le viene del agua que las golpea.
Y que la lluvia le duele y le entusiasma
más que cualquier cosa cualquiera.

Un pez me dijo del mar cosas anchas y tremendas.
Me dijo que a sus aguas el río le duele y le entusiasma
más que cualquier cosa cualquiera.
Y que la amargura le viene del agua
de lluvia que le golpea.

Un pez me dijo del hombre cosas largas, anchas
y tremendas.
Me dijo que la dureza le viene de la amargura
que le golpea.
Y que la vida le duele y le entusiasma
más que cualquier cosa cualquiera.

Una vida me dijo del hombre cosas largas, anchas,
y tremendas.
Me dijo que la amargura le viene
de no ser mar, ni río, ni lluvia
y de ser hombre como cualquier cosa cualquiera.

RAÚL BAZUELOS
Del taller «Elías Nandino» de Guadalajara, Jalisco.

SE EXTIENDE EL AZUL

Se extiende el azul por el negro
 destiempo sinfin
 Un caracol es flauta
 desordenadamente ordenado hacia ti
 El sol introduciéndose
 imantado
 geometría marea de la tormenta
 finalmente sacudida aquí
 Paseo nocturno:
 Entonces estamos siempre allá
 comenzando

JOEL PLATA

Del taller literario de Gómez Palacios.

QUIJOTE

Helo aquí
 con su lánguida imagen de oficinista
 regordete
 infecundo
 y sus sólo dos pies
 planos
 impasibles
 bien lustrados
 esperando que pase el cadáver de la historia para ir tras ella
 montado en un equino casi indefinible
 blandiendo un orgulloso letrero panorámico
 de
 yo participé

LEOPOLDO NAVARRO

TERESA JIMÉNEZ
 Universidad Complutense